

DEMOCRACIA Y CORRUPCIÓN

¿UN IDLIO INQUIETANTE?

OSCAR ALTAMIRANO

No sabemos aún por cuánto tiempo más lo mexicanos seguiremos hablando de corrupción, no en el sentido amplio de la palabra (evidentemente), sino en el significado que ésta tiene para nosotros. El que la corrupción sea considerada como un mal endémico en nuestro país, no quiere decir necesariamente que sean nuestros habitantes quienes la fomenten. Más bien, son los habitantes quienes han pagado las consecuencias. Y una gran parte de los mexicanos al exigirle a nuestro gobierno que deje de ser corrupto, curiosamente, lo "único" que están exigiendo en realidad es un México nuevo; un México que nunca ha existido; un México ideal. ¿Podríamos decir: una utopía? Esta podría ser una conclusión obvia para los pesimistas y, sin duda, insultante para los optimistas.

Muy a menudo las utopías nacen de la inconformidad y no de los anhelos. Es posible resignarse ante un anhelo, pero no es posible resignarse ante la inconformidad; el individuo puede soportarla; puede incluso nacer y morir inconforme, pero los pueblos no.

A lo largo de la historia, el poder en las monarquías y en los regímenes absolutistas era tan obvio que la inconformidad podía señalar al culpable sin mayor esfuerzo. No hacía falta más que levantar un dedo y apuntar hacia el Capitolio. El poder de la corrupción es infinitamente más astuto: se lo invoca como a un fantasma, y acude a nuestro llamado; se da un golpe sobre la mesa y dejamos de verlo.

¿Cuántas de las grandes ideas en la historia se convirtieron en utopías gracias al espectro de la corrupción?. Los monarcas terminaron en el exilio, en la guillotina, en prisión o en el paredón. Pero una vez que los líderes revolucionarios tomaron posesión de los castillos y los palacios, los ciudadanos no tardaron en darse cuenta de que alguien seguía residiendo en la misma morada. Los países europeos tuvieron que sufrir terribles tragedias, y en parte a éstas tomaron un poco más de conciencia.

La creciente inconformidad que vivimos es señal de una problemática sumamente compleja y peligrosa. Compleja porque se asocia a nuestra naturaleza con vicios y frustraciones acumuladas que penetran hasta lo más profundo de nuestra identidad. Peligrosa porque constituye un reto al tiempo; pone a prueba la paciencia de la ciudadanía de generación en generación, y desafía el acontecer implacable que, tarde o temprano, sitúa al hombre en el lugar que le corresponde.

Tristemente, los revolucionarios de principios de siglo, hartos de la explotación y del cacicazgo, creyeron haberle puesto punto final a la injusticia social. Lo que siguió fue la historia aún más triste de un régimen que tomó los ideales

revolucionarios y los utilizó para darle un nombre a su partido, una máscara a su discurso, un lema a su propaganda, una estructura a sus estrategias de manipulación.

Pero el acontecer implacable se impuso al fin. No hicieron falta demasiados años para que el ciudadano levantara el dedo y apuntara hacia su gobierno. Y aunque hicieron falta muchísimos años más para que las aberraciones del sistema fueran las suficientes (en número y en gravedad) como para provocar su caída, el pueblo, a la primera oportunidad, manifestó su inconformidad. Ahora, en 1997, la democracia se pone a prueba.

¿Podrá la democracia resistir los embates de nuestra corrupción?

Pocos pueden negar que este país está cambiando. Nadie podía negar en 1914 que México estaba cambiando. Nadie podía negar, poco antes del Porfiriato, que México estaba cambiando. La historia de las naciones está compuesta de cambios.

Los optimistas reniegan constantemente de los pesimistas porque éstos se dejan aplastar por la realidad, asumen sus frustraciones, y terminan por convertirse en unos redomados conformistas. Los pesimistas, a su vez, reniegan de los optimistas porque no están de acuerdo con la percepción que éstos tienen de la realidad, y reprueban la mala memoria y el entusiasmo que los caracteriza. Así, pues, por un lado tenemos al mexicano que piensa que las cosas ya están cambiando, o que un buen día las cosas van a cambiar y, por el otro, al mexicano que piensa exactamente lo contrario, es decir, que las cosas ni han cambiado ni pintan para cambiar.

No obstante los optimistas tienen muy buenas razones para pensar que en esta ocasión México está cambiando auténticamente. Sin embargo, como el entusiasmo y la mala memoria de los optimistas no nos permiten ver más que una cara de la realidad, conviene echarle un vistazo a unas cuantas de las preocupaciones que tanto perturban a los pesimistas, simple y sencillamente para tomar en cuenta las advertencias que nos señalan desde el lado oscuro de la realidad.

Uno de los temores, hasta cierto punto bien fundado, del pesimista reside precisamente en su escéptica y escandalosa percepción de la historia. De acuerdo con dicha percepción, el pesimista piensa que casi todos los cambios giran alrededor de un mismo problema, o bien, que un problema puede ser el mismo sólo que con distinto ropaje o, dicho en palabras más rupestres: "es la misma gata pero revolcada".

Esta afirmación, quizá precipitada, un tanto superficial y nada progresista, puede ser enteramente reprobable porque no toma en cuenta los cambios, asume la derrota, y ni siquiera considera la visión (hasta cierto punto alentadora) de algunos de nuestros más reconocidos especialistas en la materia; pero, de contener un

poco de verdad, ¿no estaríamos de acuerdo en que resultaría sumamente inquietante?

Al intentar responder a la pregunta de si podrá nuestra incipiente democracia resistir los embates de la corrupción y al acudir a la lógica más rudimentaria y elemental, veremos que, teóricamente, sí los resistiría siempre y cuando: 1) la mayoría de los mexicanos estuviera en contra de la deshonestidad. 2) Nuestra democracia se comportara como una auténtica democracia y no se viera obstruida por algún grupo de ineptos.

Si esto sucediera, la corrupción tendría que ir disminuyendo en la medida en que el ciudadano honorable votara por aquel partido que prometiera ser menos corrupto, o bien, que prometiera aportar mayores beneficios a la nación.

Sin embargo, los fatalistas afirman que algunos mexicanos son tan adeptos a sabotearlo todo, a tolerarlo todo y a resignarse a todo, que el conformismo que debe preocuparnos en este caso no es en modo alguno el de los ciudadanos sino el de los políticos. Porque muchos políticos no tienen ninguna noción de lo que es la inconformidad, pues las arcas de la nación les han dado ya lo suficiente (y si no lo obtendrán) para que tengan con que conformarse.

Si esto es verdad ciertamente tenemos de qué preocuparnos, porque nada nos garantiza que los partidos, expuestos a la democracia y a la tentación de quedarse con la rebanada más grande del pastel, pretendan ahora alimentarse cada cual de la porción que les corresponda, sin otra aspiración que destituir al oponente a la primera oportunidad, sin mejores intenciones que los políticos de la "vieja escuela"; aunque, acaso, un poco más pacientes y definitivamente conformistas.

La inercia de la "vieja escuela" versus el vigor de los optimistas

Puesto que una gran parte de los políticos ha sido formada en la "vieja escuela", y dado que ésta ha difundido sus corruptelas en toda la extensión de la esfera política, se teme que los poquísimos funcionarios honestos (si es que todavía los hay) se vean aplastados por el resto del colegiado. Por otra parte, ni siquiera el ciudadano progresista se atrevería a afirmar que los funcionarios de la "vieja escuela" hayan olvidado sus lecciones y perdido la memoria, a tal grado que ahora compartan el entusiasmo de los optimistas. Todo lo contrario.

Uno de los mayores riesgos que corre la democracia radica precisamente en que los optimistas pierdan su vigor. En el momento en que esto suceda nuestra democracia se convertirá en un teatro en el cual se representarán las promesas de aquel partido que haya ganado el voto de la mayoría, mientras, en bambalinas, se cumplirán los pactos celebrados con la oposición. Y todo esto por la sencilla razón de que "la vieja escuela" jamás ha tenido ningún motivo para promover la lealtad de los funcionarios hacia el pueblo porque los ciudadanos no

determinaban el encumbramiento de los funcionarios; más bien lo determinaba un pequeño grupo de poderosos, y la televisión.

Éste, indudablemente, ha sido el medio de comunicación que más lealtad le ha de mostrado a la "vieja escuela"; sea ya participando en el encumbramiento de funcionarios, o bien administrando dosis masivas de anestesia. En muy buena medida el éxito de nuestra democracia dependerá de que los empresarios de esta industria sean optimistas, asuman el papel que les corresponde, incorporen a sus empresas la responsabilidad que tienen con la ciudadanía, y se olviden de que la conciencia es algo "exclusivo" de quienes han escuchado a la muerte caminando por la azotea

La corrupción, dogma o tabú?

Resultaría casi imposible imaginar a un mexicano que en algún momento de su vida no se haya formulado la pregunta de por qué la esfera política se resiste a considerar la corrupción como un renglón prioritario. Pues ¿que no estamos de acuerdo que en que la corrupción, como mal, como vicio, como enfermedad, es la causa de casi todos nuestros males? Ni siquiera los parte dos políticos de la oposición durante la última contienda se atrevieron a mencionar la palabra. Y ello a pesar de la enorme popularidad que hubiera podido obtener el partido más atrevido. Pareciera que la corrupción es un tema que no se toca ¿Realmente hubiera sido irresponsable, más irresponsable de lo que fueron algunas de las campañas? ¿O es que acaso la corrupción es un problema que deba resolverse de poquito en poquito deba del a? Esto demuestra que la mayor parte de la clase política sigue siendo víctima de su pasado, y muy especialmente los irremediables integrantes de la "vieja escuela". Estos últimos enfrentan ahora el problema de querer expulsar de su partido a los más descarados; pero no pueden. Porque los más descarados son precisamente quienes más han hecho por su partido. Ahora padecen un conflicto de lealtad. Ya no les queda otro remedio que optar por la autoexpulsión (o inaugurar un nuevo partido, asumiendo ahora la máscara de la democracia). En lo que se refiere a las compañías de sus acérrimos oponentes, lo más que éstos pudieron decir fue: uno que quería "Democracia ya" y otro "Un México sin mentiras". Pero ninguno se atrevió a proponer "Un México sin corrupción". ¿Por qué? Primero porque cualquiera hubiera soltado una carcajada y, segundo, se hubiera visto muy mal que un maleante se queje de la corrupción con el botín en sus manos. Incluso el más naive de los contendientes optó por eludir el asunto y saltó directamente a la utopía proponiendo un aire más limpio y un México más verde; ni siquiera se detuvo a observar que para que esto suceda se requiere, antes que nada, de un México menos corrupto, bastante menos violento con índices de y delincuencia infinitamente más bajos. Así las cosas. Tal parece que la corrupción se está convirtiendo en tabú. Pues indudablemente desde hace ya mucho tiempo es un dogma.

¿A quién le corresponde administrar el remedio al paciente o al médico?

Convengamos en algo: el mexicano podrá ser altamente susceptible a las tentaciones de la corrupción, pero no es corrupto por naturaleza. Y cuando un mexicano demuestra ser corrupto se debe a cualquiera de las siguientes circunstancias: a) Se ve obligado a tratar con las autoridades. b) Forma parte de las autoridades. Al margen de estas circunstancias tenemos a otro tipo de mexicano que acostumbra robarnos a la primera oportunidad: ya sea incluyendo en la cuenta un tequila de más, ya sea cobrando un servicio por fuera mientras su patrón le paga la quincena, ya sea alterando los inventarios de la empresa o expidiendo cheques a nombre de algún proveedor fantasma. Sin embargo, y por Fortuna, no podríamos afirmar que este ciudadano represente a la gran mayoría, aun a pesar de que la gran mayoría requiera de un poco más de dinero y para procurárselo caiga en algunos de los hábitos establecidos en nuestra cultura, algunos de los cuales podemos reprobar, aunque en el fondo no todos sean enteramente reprobables.

No obstante muchísimos mexicanos decimos: "Todos somos corruptos". Y al sostener algo tan absurdo no presumimos de otra cosa que de un pésimo sentido del humanismo o de una idea bastante institucional de lo que es la solidaridad. Pues al levantar la mano y decir "Yo soy tan culpable como todo el mundo" no sólo pretendemos justificar nuestro conformismo para quitarnos la culpa de encima, además terminamos por eximir al gobierno de un vicio que sigue fomentando y que, más que nada, le corresponde contrarrestar.

Sumamente listos, muchos funcionarios aprovechan esta confusión para hacernos pensar, al administrar una dosis muy pequeña del remedio (lo suficientemente pequeña como para no sanar nunca) que si seguimos enfermos es porque no queremos curarnos, pues ellos a través de medidas aparentemente lógicas pero imposibles de llevar a la práctica, pretenden convencernos de que una buena parte de su séquito no es corrupto y desea que nos repongamos. Sin embargo, lo que pone en duda tan elevados propósitos es la evidente conclusión de que una vez erradicada la enfermedad no volveremos a ver al médico y dejaremos de llenarle los bolsillos con nuestro dinero; esto en el mejor de los casos para él, pues si el remedio surtiera efecto el primer nombre que figurarla en la lista de los denunciados sería el suyo, y esto desde luego no le convendría.

Fomentando la codependencia

Así pues, las autoridades requieren de nuestra enfermedad, y viceversa. El individuo anarquista, eminentemente flojo y acomodaticio, ni siquiera se preocupa por conocer sus derechos pues de antemano sabe que no tiene la disposición de acatar ninguna regla, y baste con que se instaure un nuevo reglamento para que sea él quien esté dispuesto a evadirlo antes que nadie. Sin embargo se reconoce enfermo. Está preparado para pagar por su anarquía con algunos pesos a la vez que seguirá lavando su culpa con el grito de "Todos somos corruptos"; porque para él la verdadera culpa es del médico, y mientras éste no administre el medicamento correcto, qué mejor.

El político, en cambio, exactamente igual que un alcohólico, se rehusa a admitir públicamente su enfermedad y, de la misma manera, encubre sus excesos; sabe muy bien que si la sociedad lo descubre lo primero que perderá será su empleo. El asunto, como suele suceder entre codependientes, es que éstos *no* satisfacen su necesidad de relación con la sustancia, sino más bien con la verdadera enfermedad de su compañero.

En este sentido resulta lógico que la necesidad -la sed de corrupción- de las autoridades sea mucho mayor que la del ciudadano ordinario. Porque la estructura institucional se sostiene de arriba a abajo con acuerdos tácitos; no con las reglas y leyes establecidas públicamente, ni mucho menos con los sueldos que realmente requieren sus empleados. Un policía, por ejemplo, si desea un uniforme de su talla, una patrulla que arranque o una pistola que dispare, seguramente se verá obligado a pagar una cuota de antemano tabulada por sus superiores. Y su jerarquía quedará establecida en función del puesto o la zona que le corresponda cubrir y las posibilidades de explotación ilícita inherentes en cada caso. De manera similar la estructura ósea de otras instituciones gubernamentales requiere de la corrupción para seguir en pie; mientras que la corrupción para el ciudadano no representa otra cosa que la cómoda licencia de no cambiar nunca. Si es que acaso existe un "nunca" que sea para siempre.

La democracia no trae consigo el remedio contra la narcosis, ni la vacuna contra el totalitarismo

La corrupción le abre las puertas al anarquismo, el anarquismo a la delincuencia, la delincuencia a la violencia, y la violencia a los comandantes. A riesgo de verse vilipendiado por los entusiastas, quizá sumido en el hiperrealismo mágico, el pesimista más recalcitrante teme además por la estabilidad, la paz y la libertad. Una vez que el poder quede pulverizado entre las manos de muchos, y una vez que el narcotráfico inyecte sus poderosísimos enervantes en el corazón demócrata, idilios tan inquietantes como el bipartidismo corrupto de Venezuela o la violencia callejera de Colombia, estarán en espera de que se apunte nuestro país a la "cumbre Latinoamericaná". Este riesgo sólo podría ser enfrentado pacíficamente por una verdadera Procuraduría de justicia constituida por *servidores* bien adiestrados, bien preparados, y con sueldos tabulados con base en sus méritos, y no a sus astutas estratagemas para pactar con el delincuente.

La inconformidad y el diccionario, o fe de erratas

Tal como lo dijo Borges: "El diccionario nunca acierta". La palabra *inconformidad* no está incluida en el diccionario de la Real Academia Española, sin embargo es un vocablo común y corriente para nosotros. ¿Aparecerá en el diccionario de mexicanismos? Si es así, ¿cómo habrán redactado su significado? Ah, pero en cambio no tiene uno el menor problema

para encontrar la palabra "democracia". ¿Ésta también estará incluida en el diccionario de mexicanismos? ¿Cómo la definirán? ~Cómo la definirán en doscientos años? ~Como un idilio inquietante o como un antagonista de nuestra corrupción?